

# Escrito sobre un cuerpo famélico

SUPE EN LOS AÑOS 70, DE UN DIRECTOR NORTEAMERICANO de cine independiente, Harry Smith, que jamás hacía copias de sus películas (películas breves experimentales). Una vez terminadas, las proyectaba y cuando estas películas suyas se iban rompiendo inevitablemente en sucesivas proyecciones, las volvía a empatar, aunque descartando los pedazos rotos. Surgían así nuevas versiones de la misma obra, que se iba empequeñeciendo hasta quedar reducida a un simple fragmento, una imagen única. (Con el tiempo, sus películas fueron recogidas, copiadas, e incluso pasadas a vídeo y recopiladas en bibliotecas. Quedó así salvada su obra y trunca su filosofía).

Esta manera de ver la labor propia, junto con el deseo de, no obstante, hacerla, de contemplar así su permanencia y su sentido, me entusiasmaron: como Harry Smith, yo también hacía por entonces cine independiente, pero a diferencia de él, el número de proyecciones que lograban mis películas era tan escaso que ni siquiera alcanzaban la oportunidad de romperse. De todos modos, su actitud me animó a seguir, a verle sentido al vacío en que hacía mis cosas y a no considerarme loco por seguir haciéndolas con entusiasmo, y continuaba bien presente en mi conciencia cuando, trasladado de Nueva York, donde había sabido de Harry Smith, a Miami, donde no encontré a nadie que supiera de él, y donde seguir haciendo cine independiente hubiese sido una verdadera tarea de locos, decidí dedicarme sobre todo a escribir. (Siempre he escrito, escribí antes de hacer cine, pero, aparte de piezas cortas, no había publicado ningún libro). Me fui de Miami en el 2000 y junto con los novecientos atrás dejé cinco libros publicados y relativamente conocidos, con doble subrayado en el relativamente. O sea que, como saben tantos que escriben y publican en Miami y lo hicieron antes o al mismo tiempo que yo, a pesar de los enormes vacíos que se perciben en torno, escribir y publicar en esa ciudad no es tarea imposible ni descabellada. Aunque, para realizarla

con cordura y medir bien sus resultados sí debe presidirla una actitud de amor e intrascendencia como la que condujo a Harry Smith por los senderos de su volátil e insustituible cine.

El haber hecho en intimidad laboriosa mi cine independiente me ayudó, también de otra forma, a manejar con desenvoltura las condiciones encontradas en Miami a la hora de publicar, encararlas como lo más natural del mundo y aprovecharlas me parece que bastante. Habitado a no depender de nadie, no sólo para concebir, fotografiar o montar mis breves películas, sino también para ponerles banda sonora o títulos, a funcionar yo solo —lo mismo a la hora de conseguir película barata, locales donde editar o musicalizar y sitios donde exhibirlas—, vi desde un principio la empresa de hacer mis libros creo que en su justa medida: una manera artesanal, y por ello completa y directa, que considero que dieron a estos la mayor vida posible.

Señalo que lo hice así, a diferencia de muchos autores a los que frecuentemente vi alegres con el mero hecho de, a la vez que sufragaban ellos mismos el gasto de publicación de sus textos, entregarlos al editor o la imprenta como si estuviesen en México o en Barcelona, dándolos a Mortiz o Planeta, desentendiéndose por completo de la ulterior vida de su libro, con una felicidad onanista que me comunicaba poco interés en lo que da sentido a nuestro trabajo: comunicar las ideas propias a un grupo de semejantes, de la magnitud que sea. Una vez publicado el libro, si acaso, se complacían en presentarlo una tarde ante amigos y conocidos. Como si su mera existencia les bastase, garantizase su difusión al mundo y a generaciones venideras, o como si lo único deseado desde un principio, hubiese sido el presumido disfrute de su presencia, palparlo, como poco como quien se manda a hacer un gran retrato al óleo vestido de etiqueta para colgarlo presidiendo la sala familiar. O peor: caídos en la falacia de creerse famosos por el simple hecho de que su querido volumen ya hubiese visto la luz.

Esa felicidad puede ser envidiable pero, en la mayor parte de los casos dura poco y la arenosa realidad de Miami acaba por prevalecer. Y es que la primera receta saludable para que quien escribe en Miami no sucumba al engaño es jamás creerse escritor. Los desencantos podrán llevarlo a la más feroz misantropía. Allí, el autor jamás debe identificarse ni permitir que lo identifiquen como escritor, sino simplemente decir que escribe, así, como quien cultiva un huerto en su patio no se llama a sí mismo jardinero, sino que sólo anuncia, con sencillez, que cultiva un huerto. El escritor vive de su escritura y salvo alguna rara excepción, que casi sin falta se da en quien atraca en Miami con reconocimiento previo (y cuidado: nada ni nadie garantizan que no se diluya y esfume allí el mayor de los prestigios; casos ha habido), en esa ciudad únicamente las variadas facetas de la escritura asalariada, como el periodismo, permiten subsistir; nunca se logra por la vía de la escritura creativa, como definen los americanos al impulso de escribir lo que se quiere. A no ser que se viva en Miami y se publique en México, Bogotá, Lima o París. Sucede, eso sí que, una vez muerto, ese autor, que antes sólo escribía sin llegar a escritor, sea reconocido y hasta reeditado sin costo para sus herederos, pasando así

difunto al rango de los escritores. Pero, para esto hay que morir y, por lo menos en el caso de los cubanos, sabemos cuál es uno de nuestros preceptores básicos: aquí lo que no hay que hacer es morir.

Numerosas razones tiene esta situación que, al fin y al cabo, a los latinoamericanos de escritura castellana no debe resultarnos desconcertante. Escribir lo que se quiere y como se quiere y darlo a conocer de manera abundante es, en la mayoría de nuestros países, una labor demasiado atrofiada como para que asombre toparse con otros desiertos. Miami, como el hijo del duradero vodevil, no es lo que parece. Para quien escribe en español, la ciudad son dos: la de lengua inglesa y la lengua castellana. Y es así, como los de habla castellana habituados a la lectura saben por lo general inglés y lo leen, los de habla inglesa, en su mayoría, apenas mascullan el castellano y están muy lejos de leer cualquier cosa que trascienda el Berlitz clásico: titulares periodísticos, un menú. En la lectura, como en tantas otras cosas y por encima de ilusiones de grandeza, Miami vive, en buena medida, una situación colonial en la que los colonizadores son los acrisolados dentro del habla inglesa. Y, a la hora de leer, así como muchos de habla castellana con buenos hábitos de lectura leen incasablemente en inglés, raro es el personaje de habla inglesa que practica lo inverso.

Otro motivo de desesperanza tuve allí, no más llegar, entre las gentes de nuestro mundo hispánico: infinitas casas de gente instruida, o por lo menos graduada de algo y de suficiente posición como para adquirir vivienda y mobiliario, carecen totalmente de libros, si se exceptúa algún diccionario, manuales de instrucción, volúmenes ilustrados casi siempre con fotos de la madre patria del dueño de turno y en ocasiones, como voluminoso alfiler de corbata, numerosos textos de carácter patriótico o histórico que permiten a su dueño presumir de que conserva intactas sus raíces y más destinados a su exhibición que a su lectura.

En una palabra: si de escribir literatura en español se trata, Miami es un pueblo de campo, con las pocas virtudes y muchas taras de estos, y como tal hay que tratarlo. Lo cual no significa que, por circunstancias de diverso tipo, no sea un pueblo de campo repleto de peculiaridades y paradojas. Los cubanos, por de pronto, deben tomar buena nota de una: a los 40 años de Revolución, ha sucedido lo que siempre ésta negó y repudió: Cuba y Estados Unidos están unidas más que nunca antes en su historia; La Habana y Miami son ahora «de un pájaro las dos alas». No importa lo que se alcance por medio, no poco de lo escrito en Miami termina teniendo algún tipo de repercusión en la Isla, aunque, por el momento, sea entre reducidos círculos con acceso a la cultura del exterior. Hay un eco y ese eco da resonancia a muchas obras, aparte de la que éstas puedan lograr por otros mundos, entre otros círculos, cubanos o no, desde su nacimiento en el terruño floridano.

Como informe, práctico y quizás útil, puede que sólo anécdota, de qué hacer y cómo hacer, partiendo de mi caso y mis experiencias, y de cómo extraje, creo, el mayor jugo posible a mi trabajo, diré, consciente de que lo que viene ahora tiene polvareda de calle de pueblo, puede oler a vetiver y sonar a crujidos de tela almidonada: de mis cinco libros miamenses, yo mismo cubrí el gasto de dos. Otro lo publiqué en colaboración con una editorial y los otros

dos los editó la Universidad de Miami, y fueron galardonados en dos años distintos con el desaparecido premio Letras de Oro. O sea, no es para quejarse. (Lo que sí es motivo de queja, y estridente, es la desaparición de este premio, que recayó sobre bastantes autores locales. Pero es que desde sus inicios, su principal gestor gozaba en proclamar anualmente, a la hora de anunciar los premios, con qué disgusto realizaba esa tarea y mucho se comentó, e incluso dijo él mismo, hasta qué punto le molestaba que tantos premios recayeran en cubanos. Sin embargo, a la hora de esfumarse el Letras de Oro se hizo patente otra cojera de Miami. El hecho pareció importarle sólo a los escritores; ni a la escasa crítica ni a las demás instituciones que deben servir de sustento a la literatura de una comunidad —¿las hay en Miami?— pareció importarles mucho. No se dieron ni por enteradas de la liquidación de algo que estaba infundiendo un mínimo de solidez al mundo cultural de la ciudad).

Feliz sustituto, en cierto modo, de este finado premio ha sido la Feria de Libro. Como pasa con este tipo de eventos, una laboriosa continuidad le ha permitido crecer y prestigiarse, y tal como están las cosas, no exagero si digo que una de las grandes aspiraciones de todo autor miamense, si no la mayor, es ser invitado a la Feria y presentar en ella su libro. Aspiración no sólo espiritual sino práctica. La Feria no es una varita mágica, pero da a algunos afortunados un impacto local, si bien efímero, útil para darse a conocer, difundirse, vender unos cuantos ejemplares.

No hacen falta muchos días en Miami ni registrar sus librerías para toparse con la evidencia: la inmensa mayoría de los libros publicados en español allí lo son porque sus autores han cubierto los gastos. De vez en cuando, en sus últimos 40 años de historia han brotado mecenas más o menos duraderos —más menos que más— que han realizado ediciones más o menos selectas —ídem—. Pero esto ha sido la excepción, no la regla. Algo más frecuente (mi caso, una vez) es que el editor comparta los gastos de publicación, a cambio de participación en la tirada. Y desde hace ya algún tiempo, como pasa en todas partes, las computadoras hacen crecer el número de quienes prefieren editar por cuenta propia y gestionar, como sea, la distribución de su libro. (Mi caso, otra vez). En este último caso, más que en el primero, el realismo debe prevalecer. Una edición de más de quinientos ejemplares puede significar para el autor incurrir en gastos permanentes de almacenaje.

Aunque parezca que entre una situación y otra debe haber gran diferencia, no es así. La experiencia me demuestra que, tanto apoyado por editores como en solitario, el autor debe vigilar su libro desde la tapa hasta la contratapa, desde la primera hasta la última página, desde el principio hasta el fin del proceso, si quiere ahorrarse el disgusto, no de que le coloquen un pliego de cabeza, pues, por lo general, estos errores son anticuados (ocasión hubo en que un pliego no se traspapeló sino que se ausentó), sino de otros tipos peculiares de traspies. Las erratas, por ejemplo, que en algunos libros he contado a razón de docena por página y que cuando se señalan al errado sin hache se tropieza, a menudo, con la desdeñosa razón de que la aparición misma del libro compensa cualquier error.

Como el hecho de pagar el libro —del todo o a medias— me hacía sentirlo criatura mía (en realidad siempre lo veo así. Controlé las portadas de los Letras de Oro sin tener por qué hacerlo y me alegro de haberlo hecho), vigilé hasta el último detalle, en la medida en que me fue posible: paginación, tipo del letra y grosor del papel, emplane, diseño de portada, o sea, cuanto pude. La tradición en Miami no es mucha, por decir las cosas con gentileza. No ejercer este control puede hacer que el libro sea feo o difícil de leer, o engorroso de manejar. Hay que tener gran confianza en los dones propios del escritor para menospreciar estos detalles; yo prefería dar a mis textos el mejor envoltorio posible.

Aparte de los felices casos de quienes trascienden Miami y logran ser adoptados por editoriales de fuerza, queda dicho lo que debe esperar quien publica en Miami: gasto personal pocas veces recuperable, unos cientos de ejemplares y, sobre todo, esa resonancia casi siempre débil, pero que surge inesperada de lugares lejanos, y que puede volverse internacional y terminar, ahí está más de un escaso caso, en la triunfal entrada en escena del autor en el mundo editorial ultramarino.

Y, por lo menos en el caso de los cubanos, si su obra permanece relativamente oculta en casa a pesar de los más grandes esfuerzos, puede quedarles, no a todos, aunque sí a unos cuantos autores de escalonados valores, una presumida satisfacción.

En medio de tanta hojarasca que a veces parece cubrir el territorio cultural entero de Miami, 40 años de faena casi siempre desorientada, casi siempre confusamente valorada y casi siempre tan escondida que parecería a ratos clandestina, han hecho brotar en esta ciudad un segmento imposible de descartar de la literatura cubana de este largo período. No hago listas, que roban espacio y provocan discusiones sin valor. Todos la conocen, o deben ir conociéndola.